





de Toca



RELIGION

POLITICA



BR735
S3
c.1

00824A



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080020792

al

ENSAYOS
SOBRE
RELIGION Y POLÍTICA

ENSAYOS
SOBRE
RELIGION Y POLÍTICA



ENSAYOS

SOBRE

RELIGION Y POLÍTICA

POR

JOAQUIN SANCHEZ DE TOCA



VICISITUDES DEL PONTIFICADO ROMANO
LA IGLESIA Y EL ESTADO—LA LIBERTAD DE PONTOS
EL PONTIFICADO Y LA UNIDAD ITALIANA—CARÁCTER ANTICRISTIANO DE LA REVOLUCION
LA IGLESIA Y LA REVOLUCION EN ESPAÑA
LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y LOS INTERESES CÁTOLICOS
LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA
EL DARWINISMO—RACIONALISMO Y MATERIALISMO
TEMORES Y ESPERANZAS RESPECTO DE LAS SOCIEDADES MODERNAS

FONDO DE LETRAS
MARQUE DE Y LETRAS



UNIVERSIDAD DE
Biblioteca Valenciana

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MADRID

IMPRENTA DE F. MAROTO É HIJOS

CALLE DE PELAYO, 34

MDCCLXXX



44903

BIB 735
S 33

Al señor Lic. canónigo don
Emeterio Valverde Tellez este obsequio
del último de sus amigos y fiel servi-
dor,

Jesús Oliva y Cruz

México, 8 de mayo de 1908.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alonzo
Biblioteca Universitaria

MADRID
IMPRESA DE R. MAROTO E HIJOS
CALLE DE PELAYO, 31

44804



SECRETARÍA DE CÁMARA Y GOBIERNO DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO.—En vista de la censura que sobre el libro intitulado ENSAYOS SOBRE RELIGION Y POLÍTICA ha dado el Dr. D. Francisco Caminero, su Emma. Rma. el cardenal arzobispo mi señor ha tenido á bien decretar lo siguiente:

«Madrid 4 de Marzo de 1880.—Concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el libro titulado ENSAYOS SOBRE RELIGION Y POLÍTICA, escrito por D. Joaquin Sanchez de Toca, mediante á que, habiendo sido examinado, no contiene, segun el presente informe del censor, cosa alguna contraria al dogma y moral de la Iglesia católica.—El cardenal arzobispo de Toledo.—Así lo acordó y firmó su Emma, el cardenal arzobispo mi señor, de que certifico.—D. José Fernandez Montaña, presbítero, secretario.»

Lo que traslado á Vd. para su satisfaccion y efectos consiguientes.—Dios guarde á Vd. muchos años.—Madrid, 4 de Marzo de 1880.—José Fernandez Montaña, presbítero, secretario.—Sr. D. Joaquin Sanchez de Toca.

008244

SECRETARÍA DE CÁMARA Y GOBIERNO DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO.—En vista de la cédula que sobre el libro intitulado *Ensayo sobre las acciones y costumbres*, ha dado el Sr. D. Francisco Camarero, su Excelencia, el cardenal arzobispo, mi señor, he tenido á bien decretar lo siguiente.

Madrid á 10 de Marzo de 1830.—Concedamos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el libro titulado *Ensayo sobre las acciones y costumbres*, escrito por D. Joaquín Sánchez de Toca, maestro de que ha sido examinado, no contiene, segun el presente informe del censor, cosa alguna contraria á la doctrina y moral de la Iglesia católica. El cardenal arzobispo de Toledo.—Así lo acordó y firmó en su cámara de su Excelencia el cardenal arzobispo mi señor, de que certifico.—D. José F. Fernández Montaña, presbitero, secretario.

L.º que traslata á Vd. para su satisfaccion y efectos correspondientes.—Dios guarde á Vd. muchos años.—Madrid, á 10 de Marzo de 1830.—Joaquín Sánchez de Toca, secretario.—Sr. D. Joaquín Sánchez de Toca.

008341



ron sino precipitar en el vacío la propia conciencia y el mundo moral. Descubren que perdieron el timón de la nave que los lleva, en la misma hora en que se anuncian por el horizonte las más espantosas tormentas.

Haste es el estado social de nuestro tiempo. La atmósfera impiedada del siglo pasado, que se complacía con pesadas y pesadas fábricas sociales, se convirtió para nuestra generación en estufa y estufa de espíritu y en el más terrible de los desengaños. El vértigo del vicio se ha propagado de nosotros á las sociedades enteras y á las naciones.

El entendimiento humano, despues de haber recorrido con vertiginosa rapidez la órbita revolucionaria, se encuentra ahora en ese estado de postracion en que suele caer el hombre, cuando, desvanecidos todos los entusiasmos, la tristeza del desengaño produce indefinible ansiedad, tras de la cual suele á veces surgir saludable reaccion. El siglo XVIII tuvo la soberbia de la incredulidad; á nosotros nos ha tocado su castigo y recogemos sus angustias é incertidumbres. Cuando sólo se trata de destruir, la obra es fácil: basta llenar á la razon de confianza y orgullo en sí misma, halagar las pasiones y dejarse arrastrar por la soberbia. Con tales medios, los pueblos fácilmente se dejan seducir, hasta levantar como idolo al tribuno, y creerse en la víspera de su regeneracion porque ven romperse los vínculos de la disciplina social. Mas cuando nada queda en pié, y el edificio secular, reducido á ruinas, no los puede ya cobijar, llega la hora en que hombres y pueblos buscan un refugio, quieren saber cuáles son los dogmas en que todavía creen, cuáles los fundamentos que quedan aún como cimiento de la sociedad. Pero entre mortales angustias, descubren entonces que, en lugar de la obra emancipadora y salvadora que esperaban, no consiguie-

ron sino precipitar en el vacío la propia conciencia y el mundo moral. Descubren que perdieron el timón de la nave que los lleva, en la misma hora en que se anuncian por el horizonte las más espantosas borrascas.

Éste es el estado social de nuestro tiempo. La aturrida impiedad del siglo pasado, que se complacia con perspectivas de ruinas, y caminaba hácia los cataclismos sociales con la sonrisa y el sarcasmo volteriano y la presuncion enciclopedista, se convirtió para nuestra generacion en tristeza y afliccion de espíritu y en el más terrible de los desengaños. El vértigo del vacío se ha apoderado de nosotros. El hombre y la sociedad, entregados á las tormentas del escepticismo, se sienten á punto de perecer, y lejos del puerto no encuentran timón ni piloto para conducir la nave. Hay que luchar ahora contra las pasiones sin ninguna regla que sirva de freno; ignorándose cuáles son nuestros destinos, y sin ninguna creencia fundamental que preste consuelo y amparo, tenemos que dominar los combates y azares de la existencia. La sociedad, á su vez, se ve condenada á luchar contra las revoluciones y el desenfreno de toda anarquía y concupiscencia, careciendo de principio fundamental que le sirva de salvacion en el naufragio de todos los principios y de todas las instituciones. La conciencia y el corazon humano se sienten, en fin, como desposeidos, fluctuando llenos de congojas entre todas las aberraciones y zozobras.

La crisis en que se ve precipitada la sociedad es, en efecto, mucho más terrible de lo que pudieron presumir nuestros padres, y más terrible tambien de lo que se imaginaron la mayor parte de cuantos sucumbieron como víctimas en las cruentas hecatombes humanas que á esa esfinge moderna se vienen sacrificando sin cesar desde hace más de un siglo. Nunca como ahora osciló la humanidad entre el cielo y el abismo. No se trata sólo de la ruina y desaparicion de instituciones decrepitas: el mismo

edificio social es el que amenaza desplomarse, porque se quebrantaron todos sus lazos y apoyos. Quisimos salir del templo cristiano; mas fuera de aquel santuario, ni el hombre ni la sociedad pudieron hallar salvacion ninguna; y tras de las catástrofes más terribles, de nuevo intentamos refugiarnos allí. Pero la revolucion, armada ya de todos los recursos de fuerza y tiranía, impide la entrada al edificio que cobijó á nuestros mayores; y toda la lucha se resume ahora en el esfuerzo de una parte de la sociedad, que intenta volver á ser cristiana, y las supremas violencias de la otra, que persevera en el culto de los ídolos revolucionarios y pugna por consumir la destruccion de diez y nueve siglos cristianos.

Por eso la guerra de los partidos cada vez va revistiéndose más del trágico aspecto de una guerra de religion. Todos los intereses políticos, áun aquéllos que más ajenos pudieran parecer á la doctrina religiosa, se están subordinando por completo á los intereses religiosos, sin que se descubra ya en el campo de la política, ó en las discusiones de las escuelas, discordia alguna en la cual, de un modo solapado ó manifiesto, no se controvierta principalmente la más grave de las disputas para desunir á los hombres y turbar la paz de la tierra. De aquí que no puedan las sociedades contemporáneas entrar en ninguna lucha ó discusion política sin que la religion aparezca desde luego en primer término, como lo observaba con sorpresa el mismo Proudhon. "Me llena de asombro, decia el célebre impio, que desde que se pretendió excluir á la religion del mundo político, toda cuestion apareció más que nunca complicada con el principio religioso."

Con esto queda explicado el motivo por que damos á la estampa, con el título de *Ensayos sobre religion y política*, esta coleccion de estudios sobre algunas de las materias que son en nuestro tiempo objeto de la más ardiente controversia. Y no será necesario tampoco añadir una

advertencia más para justificarnos de no haber seguido en estas cuestiones la máxima, ahora tan en voga, de separar la religion de la política: máxima que puede tener una acepcion justa y enteramente cristiana; pero que si se le dá el sentido vulgar que hoy se acostumbra, y que explotan á maravilla en el campo revolucionario, resulta, por el contrario, sentencia absurda y perniciosa, y quien la profesa como principio de sabiduría revela que no sabe lo que es la política, y ménos todavía lo que es la religion. Aun prescindiendo, en efecto, de las circunstancias especiales del estado moral de nuestra sociedad, que acabamos de señalar como causa de que ahora toda discusion se convierta en controversia religiosa, en todo tiempo religion y política serán siempre, por naturaleza, inseparables; y para hacer buena política, el hombre de Estado tendrá siempre que considerar el gobierno de los pueblos como hombre religioso, y la religion como hombre de Estado.

Cada uno de los temas sobre los cuales discurrimos en este tomo mereceria seguramente exámen más detenido y profundo; y aunque se le dedicara á él solo todo el volumen, resultaria probablemente incompleto. Pero nuestro siglo, que va hastiándose del farrago inmenso de papeles y libros que la prensa arroja en torbellino incesante, gusta de escritos breves sobre toda materia. Por necesidad ha desterrado el infóllo, y no quiere sino trabajos que, merced á su concision, se lean sin fatiga y entretengan algo, aunque instruyan poco.

En estos *Ensayos* no hallará el lector el criterio exclusivo de ningun partido. Con tristeza reflexionamos que ya no es desesperada en demasia, sino de rigurosa verdad para nuestro tiempo, aquella sentencia de uno de nuestros antiguos moralistas: "Que en esta desdichada república, cuya encaminada perdicion es conocida de todos generalmente, nadie toma la mano para el remedio de

ella, conociéndose en esto la falta de virtud que hay en los hombres que la gobiernan, de que nace total ruina para la cosa pública. Los negocios que tocan directamente á la conservacion y bien de la república no son tratados con la fidelidad y diligencia que requieren en los partidos y repúblicos. Son muchos los que en ellos intervienen; pero han llegado ya los tiempos á tan grande rotura que los hombres y partidos, por sólo una onza de interés particular, suelen echar á perder cien arrobas de beneficio público." Nadie juzgue por esto que condenamos como funesta la existencia de los partidos políticos, considerándolos incompatibles con el buen gobierno, como lo ha pretendido en nuestros dias más de un político hipochondriaco. Consideramos, por el contrario, que, cualquiera que sea la forma de gobierno, los partidos son la manifestacion natural y necesaria de las diversas fuerzas y opuestos intereses que animan el cuerpo social. Estamos convencidos de que su ausencia suele ser manifiesta señal de decadencia ó anemia en el organismo político, multiplicándose las facciones anárquicas allí donde en la arena pública no aparecen organizadas en poderosas y activas agrupaciones estas fuerzas políticas, expresion de las varias corrientes de opiniones é intereses de la vida pública que agitan á los pueblos, como las pasiones al cuerpo humano. Pero creemos, no obstante, que estando los partidos dominados por pasiones, doctrinas é intereses exclusivos, no puede ninguno de ellos por sí solo ofrecer ningún criterio de imparcialidad y acierto en materia de Estado. La obra propia del buen estadista fué siempre huir de todo exclusivismo, tener en cuenta los múltiples intereses y elementos que coexisten en la sociedad combinándose alguna vez, pero con más frecuencia en lucha unos con otros, y produciendo acciones, reacciones y transacciones constantes. Fué siempre cometido del buen político procurar dar á cada uno de estos elementos la parte

que le corresponde, y nada más que esa parte; dominar unas con otras las pasiones; compensar la fuerza y el derecho de la tradición con las aspiraciones y derechos de los siglos venideros; remediar así los abusos; prevenir, destruir ó anular en lo posible los malos gérmenes; fomentar los elementos de prosperidad, y desenvolver, en fin, por transaccion y equilibrio constante de fuerzas la vida del cuerpo social, desarrollando á un tiempo el bienestar de todas las clases. Pero si éste puede ser el efecto que resulte del choque de los partidos en la arena de la política, no será jamás el criterio que cada uno de ellos ponga en práctica, y ménos que nunca hoy, en que la ambicion y codicia acabaron de desbaratar entre nosotros la máquina del buen gobierno, harto desbaratada de antes por la decadencia del antiguo régimen, sin que nos quede ahora casi ninguna esperanza de remedio humano.

Mas si la transaccion puede ser base de la imparcialidad y acierto en política, porque en ella principalmente se trata de intereses, en religion, por el contrario, donde principalmente se trata de principios y doctrinas, para nada sirve, y no representa sino indiferencia ó escepticismo, bajeza de carácter y corrupcion de entendimiento. La verdad no transige con el error ni le reconoce ningun derecho; tiene que ser exclusiva. La conciencia, como la lógica, prescriben que en el terreno dogmático quien tiene el convencimiento de estar en posesion de la verdad, sea intolerante y rebelde á toda transaccion de principios. Porque no se concibe que un principio sea á un mismo tiempo falso y verdadero; quien lo admite como verdadero, tiene que rechazar como falso todo aquello que esté en contradiccion con él. Asentir á todas las doctrinas á título de imparcialidad, encontrar en todas ellas por igual error y verdad, reconocerles derechos iguales, tributarles el mismo respeto, no es imparcialidad ni tolerancia, sino falta de convicciones, indiferencia sistemática y degradacion mo-

ral. En estas materias no cabe el género néutro: ó hay que ser creyente de alguna religion, ó declaradamente impío y enemigo de todas ellas. El hombre ménos imparcial para tratar y juzgar doctrinas religiosas será siempre aquél que á todas las religiones las considere iguales. La imparcialidad en este terreno consiste en exponer fielmente todas las doctrinas, reconociendo á la verdad sus derechos; y fortalecido y fijado el convencimiento en el cuerpo de doctrina á que esta verdad corresponde, impugnar á nombre de ella el error y el mal. Por eso, cumpliendo todos los deberes de imparcialidad, impugnaremos los falsos dogmas y principios antisociales de ese mónstruo moderno, que por justa antonomasia llamamos *La Revolucion*, y es la obra más anticristiana que se ha producido en la tierra.

